

los con muchos, y nuevos cantares.

Estando los Indios en estas ocupaciones, en el principio del Año de mil quinientos y veinte, comenzó la Pestilencia de las Viruelas, Sarampion, y Viruelas, tan fuertemente, que murió gran suma, y cantidad de Gente en toda esta Nueva-España. Esta Pestilencia comenzó en la Provincia de Chalco, y duró sesenta dias. De esta Enfermedad fueron muertos entre los Mexicanos, el Rei Cuytlahuatzin, que poco antes avian elegido, el qual no reinó mas de quarenta dias, y murieron otros muchos Principales, y otros Soldados Viejos, y Valientes Hombres, en quienes ellos tenían Muro, y Amparo para en hecho de la Guerra, que fue esta Pestilencia, vn mal Aguero para estas Gentes, y buen anuncio para los Nuestrros, que con ella murió la mayor parte de los Indios.

CAP. LXXV. Que la maior parte de los Castellanos requirieron à Fernando Cortès, que se fuese à la Costa de la Mar, y la Embaxada de los Mexicanos, à los Tlaxcaltecas, y diferencias, que hubo entre Maxixcatzin, y Xicotencatl el Moço, à cerca del favor de los Españoles.

HALLO Cortès, quando llegó à Tlaxcalla, al Capitan Juan Perez, que avia dexado allí con ochenta Castellanos, y holgo de saber, que le hubiesen tratado bien; certificóle, que era su verdadero Amigo Maxixcatzin, y que Xicotencatl el Moço le queria mal; y quando supo, que Maxixcatzin avia ofrecido à Juan Perez cien mil Hombres, para que con los ochenta Castellanos, fuesen à socorrer à Cortès, considerando el ayuda, que le huviera dado aquel Socorro, aunque Juan Perez se escusaba, con que avia guardado la orden, que se le dió, y que la esperaba, y que se le conocia por severo Capitan. Le trató mal, y afrentó de palabra, llamandole Co-

barde; indigno del Grado de Capitan, y que merecia, que le ahorcasse, porque los Capitanes de Valor, en semejantes peligros, no han de atenderse à la Cartilla de la Orden, sino acudir à la maior necesidad. Luego que llegó a la Ciudad, vinieron à él todas las Mugeres Tlaxcaltecas, enlutadas, y llorosas, y hablando con los Españoles, las vnas preguntaban por sus Maridos, las otras por sus Hijos, y Hermanos, las otras por sus Parientes, que avian ido con ellos, y quedaban acá todos muertos. No es de creer, sino que este llanto renovó las penas de Cortès, y le causó muy grande sentimiento en su afligido Coraçon, y en el de todos los Españoles, que con él avian escapado. Procuró lo mejor, que pudo, consolarlas, por lengua de sus Interpretes, y las embió à sus Casas. Era Ojeda quien mas amistad tenia con los Tlaxcaltecas, y el que proveia de las Aldeas de comida. Decíanle algunos, à què venisles, à comernos nuestra Hacienda? Anda, que bolvistes destrozados de Mexico, hechados como viles Mugeres, y otras cosas à este propósito. Respondiales buenas razones, con que los acallaba. Sintiólo mucho Cortès, aunque lo disimuló quanto pudo; y porque entendió, que era Autor de ello Xicotencatl el Moço, dió parte à Maxixcatzin, que decia, que mientras él viviese, nadie se le atreveria, y con todo eso, vivia con recato; palmosele à Cortès la Cabeça de la herida; dióle gran Calentura; estuvo muy peligroso, pero quiso Dios, que con la buena cura, que se le hizo, sanó.

Entre tanto, que duró su enfermedad, como aquellos pocos Castellanos avian padecido tanto, y oían algunas cosas à los Indios, como las que avia referido Ojeda, murmuraban con deseo de bolverse à la Costa de la Mar, y decían, que las traças, que daba Cortès, para bolver à Mexico, era, para acabarlos, y engordarlos, para ser sacrificados, y comidos; como los Indios lo trataban; y aviendo pocos contra esta opinion, la maior parte, con vn Escrivano, le hicieron vn Requirimiento, para que se fuese à la Vera-Cruz, escusando los peligros, que se le aparejaban, protestando los daños, que podian suceder. Respondió Cortès, con mucha gravedad, y blandura; Primero alabó

los sus

los hechos; traxoles à la memoria las Victorias, que avian tenido, y el antiguo valor de la Nación Castellana; reprehendió su poco animo, porque hallandose en estado, que ya el Mundo estaba lleno de sus Hazañas, se retirasen, de que les avia de resultar gran verguença. Ofreciòles grandes riquezas, buena dicha, y prosperidad; aseguròles del temor, que tenían de los Tlaxcaltecas; dixo, que queria probar su amistad, con hacer Guerra à los de Tepeacac, que los dias pasados avian muerto muchos Castellanos. Acordòles, que en quanto les avia dicho, le hallaron verdadero, y que avia cumplido quanto les prometió, y que no sucediendo bien lo de Tepeacac, les ofrecia de buscar ocasion, como con reputacion se retirasen à la Vera-Cruz; con lo qual se fogaron por entonces, aunque sobre el punto de fiarse de los de Tlaxcalla, hubo diversas Pláticas, y Consejos con los Capitanes mas Principales; porque vnos afirmaban, que no se podian asegurar de ellos, y que si llevaban pocos la Guerra, no le podria hacer; y si mucho numero, iban en peligro. Otros decían, que era notoria la enemidad de aquellas Naciones, y los proyectos, que los Tlaxcaltecas hacían de la Guerra contra los Culhuas, por lo qual, no avia que dudar de su fe; y aviendo lo bien considerado Fernando Cortès, y hecho algunas averiguaciones sobre esto, se apoyó à este Consejo, con el qual le pareció, que su buena fortuna no le avia de desamparar en esta tan importante Empresa; y que en todo le avia de favorecer.

Los Mexicanos hechos los Sacrificios dichos, y dadas gracias à sus Dioses, por averles librado de los Huespedes, y reparada la Ciudad, sabiendo quan bien recibidos avian sido los Castellanos en Tlaxcalla, determinaron de embiar seis Principales Embaxadores à los Tlaxcaltecas, con vn Presente de Mantas, Pluma, y Sal, que eran las cosas de que mas carecian; y avisando como iban, los salieron à recibir, como en tal caso usaban, y estando junta la Señoria para oírlos, ofrecieron el Presente, y habiéndolo el mas Antiguo; dixeron, que iasabian las Guerras antiguas, que avia entre ellos, y que siendo Parientes de vna misma Lengua, y Lei-

era bien, que se pudiese fin en ellas, y que goçasen de las cosas, que abundaban en el Imperio Mexicano, y ellos carecian, aliende otros bienes, que se les aparejaban con la Paz, y que para que aquello tuviese efecto, convenia, que sacrificasen aquellos pocos Christianos, con los quales sus Dioses, por muchas causas, estaban enojados, y que los mismos insultos harían con ellos, sino miraban por sí, y que satisfaciesen à los Dioses, y se confederasen con los Mexicanos, y verian el bien que de ello resultaria. Recibieronse los Presentes, y dixeron, que mirarian en ello. Salidos los Embaxadores, se platicó en el negocio; comenzaron à platicar el caso, y vnos decían, que los Españoles avian perdido la Empresa, que avian tomado à su cargo, y que la maior parte de la Gente Tlaxcalteca, que con ellos avia ido, avia sido muerta, y todos despojados, y perdidos. Començaron à hablar en este negocio todos los Principales, y Señores, con profundo acuerdo; y como los pareceres eran discordes, tomó la mano Xicotencatl el Moço, Hijo de Xicotencatl el Viejo, y con él otros muchos, los quales, persuadían la confederacion, afirmando, ser mejor conservarse en sus antiguas costumbres con los de su Nación, que aprender las nuevas de Gente Estrangera, indomita, que quiere en todo mandar; y que agora era fácil remediar este daño, estando, como estaban, tan caídos, y destrozados. Pero Maxixcatzin, Señor de la Cabeçera de Ocotelolco, defendiendo à los Castellanos, aconsejaba su amistad, persuadía la Fe, y Honra, que se debía à los Huespedes, teniendo por caso feo, y aleve, hacer mal à Gente tan necesitada, y con quien avian profesado tan solemne Amistad, y ensalzaba su Valor, y mediante él, promeria las mismas comodidades, que ofrecian los Mexicanos; y sobre todo, decia, que no se debía perder el Amistad de los Castellanos, pues que mediante ella, podian estar seguros, que dilatarian el Imperio de aquella Republica, de lo qual no podian asegurar-se de los Mexicanos, cuya ambicion, y perfidia, estaba bien conocida; demás, de que echados los Castellanos, no avia que dudar, de que serian maiores Enemigos suyos, que antes, si quiera por averlos recibido en Tlaxcalla.

lla. Porfiaba Xicotencatl, en que se admitiesen los Mexicanos, alegando, que los Castellanos eran malos; y contradiciendose los vnos a los otros, llegaron a tanto, que Maxixcatzin, dió a Xicotencatl vn empujón, por refrenar su arrogancia, con que le echó por vnas gradas abaxo, diciendole, que era malo, y Traidor a su Patria: Y sin tener los Mexicanos otra respuesta, se bolvieron, con relacion de lo que pasaba. Metieronse de por medio algunos de los Señores, y apaciguaronlos, y hicieronlos Amigos; y solaparonlo, porque los Castellanos no entendiesen el negocio sobre que se litigaba; pero por mas secreto, que pusieron en ello, se divulgó luego, y Fernando Cortés, que fue luego de todo avisado, dió a Maxixcatzin las gracias, ofreciendole, que procuraria de facarle verdadero, en quanto por él avia prometido a la Republica.

CAP. LXXVI. Como Cortés, despues que bolvió de Mexico a Tlaxcalla, apercibe Guerra contra la Provincia de Tepeacac; matan los Tepeacacs muchos Castellanos: escribe Cortés lo hecho, hasta este tiempo, y vence a los de Tepeacac.

XICOTENCATEL, creiendo, que lo que avia pasado en la Señoria, llegaría a noticia de Fernando Cortés, le habló, y dixo: Que por infinitas vias, avia procurado de ganar Honta con él; pero que la que los Dioses le avian hecho invencible, le suplicaba, le tuviese en su gracia, y le ofrecia su Persona; y que hiciese experiencia de ello, en hacer la Guerra a los de Tepeacac, Acatzinco, y Quechula, pues que le avian ofendido, contraviendo al Amistad, que con él avian hecho, y a la fee dada, pasandose a los Culhuas, y matando a los Castellanos, que pasaban por su Tierra; aliende, de que para hacer la Guerra de Mexico, que avia pensado, convenia dividir primero sus

Conferados; y començar por Tepeacac; abraçole Cortés, agradeciendole su voluntad; ofreciendole de trabajar de tal manera en servicio de la Republica, que presto se viesse vengada de sus Enemigos. Eran ya pasados cinquenta Dias, que Fernando Cortés avia entrado en Tlaxcalla, despues de la retirada de Mexico, y cada Dia le solicitaba Xicotencatl, diciendole, que tenia apercebida la Gente, para quando la quisiese; y aunque Fernando Cortés tenia mas necesidad de curarse, que de entrar en nuevos trabajos tan presto, por no perder tal ocasion. Sabido, que los Tepanecas, y las Guarniciones Mexicanas, que estaban con ellos, avian tomado todos los pasos de la Mar, embió Mensajeros a Tepeacac, y a los otros Pueblos, rogandoles, que se apartasen del Amistad de los Mexicanos, y tomasen la de los Tlaxcaltecas, y los perdonaria la ofensa, que le avian hecho, con aver saltado a la fee, que le tenían dada, de ser su Amigo, quando pasó por Tlaxcalla. Poco caso hicieron del ofrecimiento de Cortés, antes burlandose del, se resolvieron en no apartarse de los Mexicanos; dió de ello cuenta a la Señoria de Tlaxcalla, y como esta Nacion era Enemiga de los Tepanecas, y naturalmente inclinada a la Guerra, y deseaba contentar a Cortés, que de su parte tenia a todos los Principales, porque los sabia regalar, y honrar, y desde Mexico los embió muchos Presentes, de las cosas, que ellos mas estimaban; juzgando tambien, que de esta Guerra avia de resultar mucha Grandeza a su Dominio, le ofrecieron ayudarle con cinquenta mil Soldados. Fernando Cortés, viendo que las cosas se iban disponiendo a su gusto, y que no solo era justo, pero necesario, castigar con fuerza la violencia hecha de los Tepanecas, que se aparejaban para hacerla, entendió en apercebirse para la Jornada, y sobre todo, quiso primero dar cuenta al Rei, de lo que hasta allí avia sucedido, porque desde que partió de la Villa Rica, para Mexico, no lo avia hecho. Escribióle quanto le sucedió de la Villa Rica a Tlaxcalla, las Victorias que tuvo contra esta Republica, la confederacion hecha con ella, y con las demás, y lo bien que aquella Nacion acudia a su ser-

vicio; lo sucedido en Cholulla; el Viage de Mexico; y la desdichada salida de aquella Ciudad; el proposito, que tenia de conquistarla; y como queria començar por la Guerra de Tepeacac. Tratò de la Prision de Moteuhçuma, de su muerte, de la pérdida del Tesoro, de los Libros de la Real Hacienda, y otras Escrituras, y Memoriales; y que de todo avia sido causa, el mal gobierno de Pamphilo de Narvaez, que no quiso acomodarse con ningun medio, a quien tenia preso en la Vera-Cruz; pedia Gente, y Caballos, porque estos eran el principal nervio de aquella Guerra, y decia, que valia cada vno docientos mil Maravedis. Prometia de sujetar a la Corona Real de Castilla, aquel grandissimo Imperio Mexicano, con poca ayuda, que se le diese, sin costa del Hacienda Real, pues ofrecia de pagar los Caballos, Armas, Municiones, y quanto se le embiasse. Suplicaba, que hiciese alguna merced a Gerónimo de Aguilar, la Lengua de quien se avia sacado, y sacaba grandissimo provecho. Con esta relacion, y con treinta mil Peos de Oro de los Quintos, y de servicio, despachò a Alonso de Mendoza, y en esta conformidad escribieron al Rei los Alcaldes, y Regidores de la Villa Rica, que siempre andaban con Cortés.

Los de Tepeacac, como no estaban mas de ocho Leguas de Tlaxcalla, sabian lo que se apercebía contra ellos, y tambien se adreçaban para la Guerra. Y por no pasar sin tocar en el caso de los Castellanos muertos, con las nuevas, que por las Islas corrian, de la Riqueça de Nueva España, avian llegado algunos a la Vera-Cruz, y recogiendo hasta cinquenta, o sesenta, se encaminaron a Mexico, por Tepeacac, en tiempo que Fernando Cortés retirado, llegaba a Tlaxcalla; y como ya se avia publicado la Guerra, que en Mexico se hacia a los Castellanos, los de Tepeacac acordaron de matarlos con su Capitan, que se llamaba Coronado, y lo mismo hicieron de otros, en otras partes, creiendo, que los Castellanos de Mexico, de aquella vez quedarian acabados, lo qual publicaban los Mexicanos en todas partes. Salió, pues, de Tlaxcalla Fernando Cortés, con sus Castellanos, y seis mil Flecheros, entre tanto que acababan de juntar cinquenta mil Tlaxcal-

tecas, que avia de llevar Xicotencatl, a lo qual le ayudaban Alonso de Ojeda, y Juan Marquez, los quales medianamente hablaban aquella lengua. Fuese a dormir tres Leguas a Tecpanzinco, adonde acudió tanta Gente de las Señorias de Huexontzinco, y de Cholulla, que se tuvo por cierto, que eran en todos ciento y cinquenta mil Soldados.

Los de Cacatepec, Lugar Amigo de Tepeacac, que sabian, que caminaba el Exercito, salieron al Camino, pusieron vna grande Emboscada en vnos Maizales; y en pasando los Castellanos con buen numero de Indios, dieron sobre ellos; pero como iban sobre aviso, los Escopeteros, Ballesteros, y los Caballos, hicieron gran daño en los Enemigos, aunque no poco eran impedidos de los Maizales: adonde los Tlaxcaltecas peleaban, avia maior resistencia, aunque les era de provecho el Calor de los Castellanos. Fue Batalla muy reñida, porque los Maizales, que eran altos, y espesos, ocupaban a los Castellanos, ver por donde andaban, y a los Tepanecas, acudia siempre Gente de refresco. Con todo eso se peleó tan valerosamente, que los hicieron huir. Iba Ojeda en vn Caballo grande, y por medio de vnos Maizales, descubrió vnos Edificios, acudió a ellos, con gran numero de Tlaxcaltecas, y halló, que era vn gran Palacio, determinó de ocuparle, y puso encima la Vandera de la Republica de Tlaxcalla, y aqui hubo gran mortandad, de los que huyendo iban a salvarse. Descubrió Fernando Cortés la Vandera, y siendo ya tarde, se recogió a ella, llevando los de Tlaxcalla, y los demás, gran numero de Prisioneros. Tuvieron los Indios Amigos buena cena aquella Noche, de Piernas, y Braços, porque sin los Asadores de palo, que eran infinitos, buyo cinquenta mil Ollas de carne humana. Los Castellanos lo pasaron mal tres dias, que allí se detuvieron, porque avia falta de Agua, y de Comida. Acudían siempre Soldados Enemigos, a descubrir el Campo, y reconocer lo que se hacia, y entre tanto hubo notables desafíos, entre ellos, y los Tlaxcaltecas.

Partió de aqui Fernando Cortés la buelta de la Ciudad de Acatzinco, que tambien tenia la parte de Tepeacac, y quemando los Pueblos de la

Comarca, porquẽ así parecía; que convenia, para mas brevemente traerlos à obediencia; faliò infinito numero de Gente de la Ciudad, que animosamente acometiò el Exercito Tlaxcalteca, y huvo vna mui reñida, y porfiada Batalla, adonde murieron muchos Enemigos, los quales con poco daño de los Tlaxcaltecas, fueron desvaratados. Siguiòse el alcance, hasta entrar en la Ciudad, à la qual hallaron des poblada, y alli estuvo Fernando Cortès cinco dias, embiando diversas bandadas de Gente, à correr la Tierra, y destruirla. Perdida esta Batalla, se entendiò, que las Guarniciones Mexicanas, avian desamparado la Tierra; por lo qual acordò Fernando Cortès de ir, sin perder tiempo, à Tepeacac, adonde entrò sin resistencia, y se aposentò en ella, y los Indios Amigos, por ser muchos, en la Campaña; y aqui se detuvo muchos dias el Exercito, haciendose entradas en diversas Tierras, y Provincias; pero padeciendo siempre de Agua, y Comida, y los Castellanos para sustentarse, caçaban muchos Perrillos de la Tierra, que iban à comer los Cuerpos muertos de la Campaña, con que se mantenian. Fue à Cortès vn Caballero Tepaneca, con alguna Comida, persuadiòle la Paz, porque ya estaban sin esperança de Socorro de Mexico, adonde avia ido à pedirle vno de los tres Señores de Tepeacac, el qual muerto ni vivo no pareció. Cortès le respondiò, que por ellos avia quedado, pues desde el principio les avia combidado con ella, y que siempre fue mas Amigo de Paz, que de Guerra; y con esto se començò à poblar la Ciudad, adonde mandò Cortès vender à muchos, que avia prendido, y herrarlos, salvo à las Mugerres, y Niños, conforme à su costumbre, aplicando vna parte à su Exercito, y otra à la Republica de Tlaxcalla, facendo primero el Quinto, que pertenecia al Rei. La Señoria de Tlaxcalla, estava mui contenta de ver, que Fernando Cortès partia tan puntualmente con ellos, los despojos de la Guerra, aliende, de que vian la Ciudad, llena de Esclavos, Sal, Algodon, Plumeria, y Joias, y de todas las demàs cosas, de que tenían

necesidad.

CAP. LXXVII. Como Cortès embiò Socorro desde Tepeacac à los de Quauhquechollan, y despues vino en Persona à defenderlos, y hechò de la Tierra los Presidios Mexicanos.



STANDO yà pacifica la Ciudad de Tepeacac, entendiò Marina, à tiempo, que merendaba, con otras Mugerres, que los Mexicanos se apercebían para dar de repente sobre los Castellanos, quando mas desapercibidos los hallasen. Prendiò Cortès algunos de los que andaban cerca de el, que entendiò, que lo sabian, y averiguado, hiço severo castigo. Sabida en Mexico la salida de Fernando Cortès à la Guerra de Tepeacac, no se descuidaron de embiar Exercitos à diversas partes; proveyer las Fronteras; persuadir à los Amigos, que estuviesen firmes; y hacer quantas diligencias imaginaban, que podian ser necesarias, no para defenderse, (que esto facilmente pensaban, que lo podian hacer) sino para ofender à los Castellanos; y como Hombrres astutos, embiaron por todas las Provincias de quien temian, que se avian de mudar, Cabeças de Caballos, y otros despojos de los Castellanos, publicando, que era muerto Fernando Cortès, animando à la Gente, que no temiese, pues que saltando aquel Capitán, facilmente pensaban acabar à los que avian quedado; y tanto pudo este engaño, entre aquella Gente ligera, que fueron pocos los que no se rebelaron; aunque con juramento avian reconocido por Señor, al Rei de Castilla, y adonde avia Castellanos, à todos los mataron.

Estando, pues, las cosas de Tepeacac, y mucha parte de su Comarca, en buen estado, determinò Fernando Cortès de embiar algunos Capitanes por la Tierra, para que pacificasen lo que aun no estava sossegado, con orden de vsar ante todas cosas, de terminos blandos, y suaves, y diò muestras de quererse bolver à Tlaxcalla. Por lo qual, los mas Principales Tepanecas

le

le pidieron, que pues yà ellos eran Vasallos de el Rei de Castilla, y conforme al Juramento, que avian hecho, le avian de servir lealmente, porque no acaciefe lo pasado, pues se temian de los de Culhua, que no se fuese de alli, y que si todavia no lo podia escusar, les dexase algunos Castellanos, porque de otra manera serian destruidos. Fernando Cortès les respondiò, que procuraria darles satisfacion, y que no tuviesen miedo de los Mexicanos, pues que esperaba en Dios, que presto los verian quebrados los brazos. Y pareciendole, que el Sitio de esta Ciudad era mui apropiado para asegurar el camino de la Villa Rica, y que Señoreaba los Puertos; el vno, que se dice de Xiculchima, por donde los Castellanos entraron en aquellas partes; y el otro de Quauhquechola, Legua, y media de Tepeacac, por donde van los Caminos Reales de la Villa Rica, y de todas las otras partes de la Mar; y que aquella Provincia està en medio de la Tierra, junto à las Señorias de Tlaxcalla, Huexotzinco, y Cholulla, con los quales partian terminos; y por otra parte con los Culhuas, los quales siendo tan ricos, y mañosos, pudieran con la vecindad intentar nuevas rebeliones, en estas Provincias: Para escusar este inconveniente, y para dar esta satisfacion à los Tepanecas, que le avian pedido Presidio, mandò llamar los Alcaldes, y Regidores de el Concejo, que con el andaba, que eran los Principales, Alonso de Avila, Alonso de Grado, y Rodrigo Alvarez Chico, y los propuso las cosas sobredichas, diciendo: Que convenia fundar alli vna Villa; y aviendole parecido bien à todos, nombrò Alcaldes, y Regidores, y los Oficiales acostumbrados, y entre ellos por Regidor à Geronimo de Aguilar. (porque sabia Cortès honrar, y tener en las ocasiones memoria de los benemeritos) Llamò à esta Villa Segura de la Frontera, por averse hecho para los efectos sobredichos, y por estar en Frontera de la maior parte de Culhua.

No siendo aun partido Alonso de Mendoza, con el despacho referido, para el Rei, porque pareció à Fernando Cortès, que pues avia de durar poco la Guerra de Tepeacac, era bien, que mientras se adereçaba la Caravela en que avia de Navegar, viese el fin que tenia, para que mejor fuese referido.

Tomo I.

Acacìò, que llegaron à vna Ciudad, dicha Quauhquechulla, hasta veinte mil Hombres de Guerra, embiados de el Hermano de Motecuhcuma, que le succediò en el Imperio, con fin de impedir, que el Señor de ella, ni otros Comarcanos, se confederasen con Fernando Cortès, y le impidiesen el paso, caso que intentase el ir à Mexico, de que se temian yà. El Señor de Quauhquechulla, no pudiendo sufrir las injurias de los Mexicanos, porque no contentandose de comerles lo que tenían, les tomaban sus Hijas, y Mugerres, y hacian muchas opresiones, embiò Mensajeros à Fernando Cortès, que le dixeron de su parte, que bien sabia, que quando estuvo en Mexico, fue su Señor à visitarle, y que en presencia de Motecuhcuma, juntamente con los otros Señores, que alli estaban, se avia ofrecido por Vasallo de el Rei de Castilla, y que siempre tuvo pensamiento de serlo, sino que por parte de Motecuhcuma le mandaron, que se apercebiese, porque tenia determinado de hacer Guerra à los Castellanos, hasta matarlos, ò saltarse; y que como le tenían mucho miedo, y por Señor Natural, no se pudo dexar de obedecerle; y así fueron à Mexico; y que agora, que el Hermano de Motecuhcuma queria continuar la Guerra, su Señor no queria ser en ella, y que por tanto los embiaba à rogarle, que los perdonase lo pasado, y que para adelante le tuviese por Vasallo de el Rei, y por su Amigo, porque su Voluntad era de serlo, y de servirle mejor, que antes; y que demàs de esto, le pedia, que le ayudase para hechar de su Tierra las Guarniciones de los de Culhua, que avian ido para la Guerra contra los Castellanos, y defendièles el paso, de los quales recibia infinitos agravios; todo lo qual dixeron llorando, y afirmando, que en ello recibirian bien, y merced.

Fernando Cortès determinò, de no perder tan buena ocasion, para dar exemplo à los Amigos, y castigar los Mexicanos, por la gran injuria, que juzgaba averle hecho; y aviendo agradecido la voluntad del Señor de Quauhquechulla, y certifiçadole, que quando no huviera tomado tan buen acuerdo, no pudiera dexar de perderse. Otro Dia por la mañana, embiò à Diego de Ordás, y Alonso de Avila, con trecientos Castel-

Vv

lla